



¿ES POSIBLE UN ANÁLISIS DE LA REALIDAD SOCIAL? Reflexión sobre algunos elementos previos a ese análisis

Francisco Macera

Ante cualquier proyecto, o problema, que pretendamos emprender, o solucionar, parece razonable que, con anterioridad a su realización, hagamos un balance de los elementos presentes en dicho proyecto, o problema, más las condiciones que inciden en ellos y las metas, o soluciones pretendidas. En resumen, resulta de todo punto lógico y necesario establecer, con anterioridad a cualquier actuación, un análisis de la situación de partida, que debe incluir, obviamente, los elementos a nuestra disposición (de toda índole), y una estimación de las posibilidades reales de actuación, despejando alternativas ilusorias e irrealizables, etc. Pues, sin duda, estas medidas previas no sólo aumentarán considerablemente las posibilidades de éxito de nuestra pretensión, sino que, y esto también es importante, nos ayudarán a evaluar con mayor objetividad ese proyecto, o problema, que estamos tratando, así como por qué y para qué queremos emprenderlo, o solucionarlo, y, sobre todo, qué es (en profundidad) ese proyecto, o problema.

Todo ello, si lo realizamos con honradez intelectual hacia nosotros mismos¹, nos abrirá nuevas perspectivas insospechadas sobre el asunto en cuestión. Pero, además, esta nueva visión de los problemas brinda soluciones mucho más eficaces de las que, ante del análisis, pudiéramos concebir, sin despreciar tampoco la posibilidad de descubrir que el tal proyecto, o problema, no eran tales, sino falsos proyectos, falsos problemas, que escondían bajo sí unos intereses ajenos a nosotros mismos.

Esta especie de “autoanálisis” debiera formar parte del sentido común general. De hecho, en mi opinión, no es más que una formulación del mismo. No creo, por tanto, haber descubierto nada con ello. Sin embargo, pienso que no es tan “común” como fuera deseable. Si así fuese, el hombre no cometería tantos errores, lo que es penoso por los costes individuales que hemos de sufrir, pero lo es más aún en las organizaciones, sobre todo las de izquierda, que son las que aquí van a importarnos, y donde, a veces, trabajamos con “orejeras ideológicas” y llevamos repitiendo los mismos esquemas intelectuales de trabajo desde hace dos siglos, sin querer percatarnos que los fracasos no sólo se deben a la terrible fortaleza del enemigo, ni a los “traidores” que se pasan al bando contrario (o a la socialdemocracia, que es lo mismo pero de otra manera), sino también a lo inadecuado de la forma de llevar a cabo nuestros métodos de trabajo, o a la repetición acrítica de viejos esquemas de análisis que ya no se atienen a la realidad social.

Es en estos aspectos concretos donde podemos estar olvidando que “la dialéctica es la mejor herramienta y el arma más buida para alcanzar los propósitos revolucionarios” (Engels), y ésta consiste fundamentalmente, en este orden social, en comprender el fenómeno de los cambios históricos, y aplicar a la Historia, pero también al propio método dialéctico, que aquello que, en un momento t_1 puede ser concebido como una contradicción, en otro momento t_2 posterior, al ser absorbida, integrada esa contradicción, por una comprensión de la realidad más amplia, de un orden diferente,

¹ Quiero decir, sin emprender una investigación “ideologizada”, sin prejuizar los resultados, sin convertir a la razón en un mero instrumento manipulador para justificar lo que, de antemano, pretendemos.



más elevada, los elementos de la contradicción pueden dejar de estar en negación recíproca, para formar parte –ya compatibles– de esa nueva interpretación de la realidad, donde las razones que construían la contradicción se explicitan, ahora, en un marco lógico nuevo donde ésa contradicción carece ya de sentido. En todo caso, surgirán otras nuevas luchas dialécticas que solicitarán de nosotros otros esfuerzos, otros razonamientos, y así, indefinidamente.

La dialéctica marxista es el único método² de la historia del pensamiento capaz de tal hazaña intelectual, es decir, es el único sistema capaz de adaptarse de tal manera a los cambios sociales que permanece siempre en la situación de poder efectuar el análisis más científico de lo que sea la realidad social, y todo ello, y aquí viene lo sorprendente, sin destruirse a sí mismo en esas transformaciones, sino, muy al contrario, afirmándose aún más cada vez, puesto que el método no exige más que la aplicación rigurosa de la razón a cada caso, sin más determinaciones que las presentes en el propio problema³.

Por tanto, en la medida que no sepamos superar las contradicciones mediante el esfuerzo de una intelección integradora de todos los elementos contradictorios actuales de la realidad social, estaremos dejando de aplicar nuestro mejor activo: el análisis dialéctico.

Teniendo esto en cuenta, y descendiendo al terreno de la realización práctica, reformularemos la cuestión: ¿cómo podemos responder a la pregunta inicial?, es decir, ¿cómo es hoy posible un análisis de la realidad social?

Responder a estas preguntas requeriría una investigación ingente que no es posible realizar en las páginas de un simple artículo, pero, tal vez, sí podríamos apuntar cómo podemos comenzar a plantearnos una labor tan gigantesca. Tal vez lo único que podemos hacer aquí, y ahora, es señalar con breves pinceladas el papel que cumplen en la realidad social algunos elementos actuales, cuya incidencia en nuestros modos de pensar son tan determinantes que merece la pena un análisis previo de ellos, para así intentar liberarnos (aunque sólo sea levemente) de la inercia que han impuesto a nuestros modos de pensar.

Una cuestión previa: deberíamos aclarar -en primer lugar- si es posible dar una respuesta simple a este análisis, si podemos obtener un conocimiento cierto por medio de las denominadas ciencias sociales, y si este conocimiento tiene el mismo grado de fiabilidad que el obtenido por las ciencias positivas.

Tales cuestiones solicitan respuestas, y a todos nos gustaría que fuesen lo más concretas y objetivas posible. Es decir: querríamos que las posibles respuestas se limitasen a uno de los términos del binomio: Sí - No. Pero, en este ámbito, tal concreción no es posible por no ser significativa, a tenor de las siguientes consideraciones:

Si nos decantamos por el Sí estaremos dando por sentado que tal tarea (el análisis objetivo de la realidad social) puede hacerse; pero con ello estaremos obviando que el hombre sólo puede hacer, en cada momento histórico, el análisis que los instrumentos

² Es importante no confundir el método dialéctico (que es tan sólo un instrumento de análisis) con los contenidos doctrinales ni con los hallazgos cognitivos gracias a él descubiertos.

³ Nos enseña a asumir (también en los ámbitos humanísticos) un principio de las ciencias positivas: que cuando un hecho no concuerda con la teoría, es la teoría la que está mal, no el hecho, como nos tenían acostumbrados los sistemas de pensamiento basados en el criterio de autoridad, o aquellos donde el método está por encima de cualquier crítica (es la verdad absoluta, no puede ser discutido aunque lo nieguen los hechos), vicio en el que caen todos los seguidores de escuelas (escolásticos, en general). La dialéctica marxista, en cuanto método, pretende estar por encima de este error, por tanto, **es tanto más sí misma cuanto más se adapta a los cambios de la realidad**



científicos de ese tiempo le proporcionen. De igual modo, los valores ideológicos que todos, inevitablemente, tenemos (a veces de manera muy inconsciente, y que, por ello mismo, son aún más peligrosos), más los intereses particulares ocultos, etc., etc., restan muchos grados a la pretendida objetividad de cualquier intento de análisis social.

En cualquier caso, lo que siempre obtendremos será una Interpretación de cada momento, o periodo, analizado, y, en la medida que tengamos la humildad de aceptar que cada “interpretación” es hija de los elementos culturales y mentales presentes en cada investigador, estaremos en disposición de entender que cada interpretación es “relativa” a su tiempo, a su cultura, a su autor, y susceptible, por tanto, de perfeccionamiento, ampliación y, sobre todo, de reinterpretación. Todo ello en un movimiento dialéctico constante y sin límites.

Pero si nos decidimos por dar una respuesta negativa a la pregunta inicial, estaremos suponiendo que los condicionantes ideológicos, culturales, personales del hombre pesan de tal modo que cualquier interpretación tiene sólo el valor de la opinión particular de cada investigador, a la que es posible oponer otras interpretaciones que la contradigan o la nieguen.

Con ello caemos en un relativismo absoluto (escepticismo nihilista) que nos impide cualquier análisis social y, por ende, la posibilidad de intentar el cambio y el progreso social.

Personalmente me decanto por la primera opción, por el Sí. Pero un sí matizado (como ya se ha dicho) por la conciencia de los factores presentes, e inevitables, en todo intento de análisis. Ello nos debe llevar a abandonar toda soberbia e ilusa pretensión de lograr la objetividad absoluta, y, por contra, debemos asumir el riesgo real y cierto de cometer errores, los cuales no son más que elementos (yo diría que necesarios) del discurrir dialéctico de la historia.

Errores que si son asumidos, luego, como tales con naturalidad y honradez, se tornan en un ejercicio muy eficaz de progreso histórico. Se convertirían en una praxis pedagógica social excelente, que, al mismo tiempo, debería convertirnos en seres más tolerantes y respetuosos con las opiniones, con las interpretaciones, de todos los otros hombres.

Es decir, en un primer resumen, y adelantando ya algunas conclusiones: Los resultados de cualquier análisis social podrán ser considerados verdaderos, mejor dicho, válidos, si los entendemos radicados en un lugar concreto, en un momento determinado, para una situación dada, y con relación a las condiciones conocidas.

Fuera de estos parámetros esa misma respuesta carece de sentido, de significado. Esto no nos lleva a un relativismo vulgar en el que caen los escépticos que postulan que cualquier cosa es verdadera si la aceptamos como tal (ya que, para ellos, la verdad absoluta no existe), sino que, en todo caso, sería un relativismo de esta índole: el que entiende que las respuestas serán válidas, en cada ocasión, en relación, o mejor dicho, en función de las variables tenidas en cuenta. A más variables mayor grado de confianza en la validez de las respuestas.

Este concepto de función implica, necesariamente, algo muy importante: la conciencia de que pudieran existir otras muchas variables, muchos más parámetros sociales de los que somos conscientes, lo que nos debería llevar a dos interesantes conclusiones:

- la necesidad de una investigación radical permanente que nos aclare cada vez mejor y más ampliamente el hecho social, y por otro lado. . .



- un principio gnoseológico: el conocimiento comienza por reconocer la ignorancia inicial.

Una vez aclaradas estas dudas primeras, pasemos ahora a ver sólo unos ejemplos de esos elementos presentes en toda realidad social y que condicionan nuestros modos de pensar, de razonar, y, por tanto, los resultados de nuestros análisis, así como la praxis social cotidiana.

Uno de esos elementos que no podemos ignorar, ni minusvalorar, consiste en la manera como nos concebimos los hombres a nosotros mismos.

J. Ortega y Gasset dice que “el hombre no tiene naturaleza, sino historia”.

Sin duda que Ortega se refiere al hombre en su sentido intelectual, mental, espiritual, social⁴, puesto que es obvio que como corporalidad, como animal, el hombre tiene una biología y es parte de la naturaleza. Por tanto, en mi opinión, Ortega debe referirse a esa otra naturaleza del hombre, la de la realidad social que nos hace humanos.

Esta segunda naturaleza ha ido siendo creada y recreada, poco a poco, a lo largo de la historia, por el propio hombre. La interacción dialéctica entre la naturaleza, la necesidad y la inteligencia humana, ha obligado al hombre a realizar la transformación de la Naturaleza⁵ para adecuarla a sus deseos. Invención del trabajo, pero invento que acaba transformando (casi reinventando) a su propio creador.

Por tanto, los conocimientos que hemos ido adquiriendo en el tiempo, se han ido transmitiendo de generación en generación, de tal manera que el intelecto, el espíritu, la conciencia, de los hombres de esta generación ya no es la misma que la de varias generaciones anteriores. Aunque somos sus hijos, sus nietos..., aunque físicamente somos animales idénticos, nuestras conciencias son muy otras. Han sido moldeadas, forjadas por las ideas que hemos heredado. De igual modo, hoy estamos creando los presupuestos mentales de los hombres futuros que, aunque tengan nuestros mismos órganos, serán otras conciencias, otros “yos” muy diferentes a los nuestros⁶.

Esta segunda naturaleza, esta realidad social, está en continua y constante progresión y cambio en su propio ámbito social, y es creada, y a su vez creadora, de la historia.

Lo paradójico de esta descripción es que, si bien es el hombre el creador también de la sociedad (y de su devenir en el tiempo, o historia), él mismo es, a su vez, un producto de la sociedad en donde ha nacido, pues en cualquier momento histórico que consideremos, el hombre es hijo de su tiempo, de su grupo, de su cultura.

Otro elemento a tener en cuenta es que tenemos los hombres, luego, necesidad de contarnos a nosotros mismos la historia que hemos hecho. Aquí nace el peligro de la recreación interesada, es decir, de la falsificación de la Historia, de esa realidad social en su devenir.

Son muchos otros los elementos que intervienen en estas falsificaciones ideológicas de la realidad social. Marx cita a la moral y a la religión como elementos que contribuyen a ello, pero no son los únicos.

En cuanto a la religión: nos guste, o no, la mayoría de la humanidad se pregunta si esta vida es todo cuanto hay. Si nuestra conciencia se acaba al morir nuestro cuerpo.

⁴ Que es el aspecto que aquí nos interesa.

⁵ En este acto el hombre crea su propia realidad, distinta a la naturaleza, pero es, también, una realidad concebida en colaboración con los otros, es una realidad social.

⁶ Aunque compartan nuestra misma naturaleza biológica, estarán radicados en otra realidad social muy distante de la actual.



Estas dudas⁷ podrían haber estado presentes ya desde muy temprano en la historia del hombre, lo cual no debió pasar inadvertido para algunos listillos que, aprovechando esa inquietud humana, se inventaron miles de mitos sobre la vida del más allá, pero que tenían como fin organizar la vida del más acá en orden a cumplir los intereses de unos pocos.

Lo que nos debía haber puesto en guardia contra esos listillos es la extraña coincidencia que tienen todos en hacernos cumplir con deberes insostenibles para poder sacar un buen puesto en el futuro mundo de los muertos. Pero lo más sospechoso es que el cumplimiento de dichos deberes, extrañamente, suele resultarles muy conveniente a los que tienen el poder en el mundo de los vivos.

Los intereses ocultos suelen hipostasiarse hipócritamente en las creencias más sublimes, de tal modo que, por la costumbre de vivir siempre con ellas, ya ni nos percatamos de su astuto juego.

Un solo ejemplo de nuestro entorno inmediato: la religión que nos rodea, la católica⁸, poco menos que nos condena si usamos los condones, aunque sea dentro del sagrado sacramento del matrimonio. El disfrute del sexo es algo malo per se. No importa que sea obra del propio Dios, pues afortunadamente está el clero para enmendar al pobre viejo de las barbas blancas. Soberbia infinita que corrige al propio Dios.

Mientras que, por otro lado, aunque sigue estando vigente el mandamiento de santificar las fiestas (no trabajar domingos y otros), podemos preguntarnos: ¿dónde están las condenas a Carrefour? ¿Cuándo habéis oído a algún miembro de la jerarquía católica pedir que no vayamos a comprar en esos días? El Silencio no puede tener más que esta interpretación: Corrupción de las conciencias incapaces de rebelarse contra su función ideológica al servicio de una determinada clase social.

Los ejemplos de este tipo son miles. Se resumen de la siguiente manera: silencio absoluto para con los que construyen el injusto orden del mundo (que es obra exclusiva de la voluntad humana), pero condena absoluta para quien es débil con las pasiones de la carne. Pasiones que, a no dudar, sí han sido puestas por el Creador en nuestro cuerpo por las razones que Él sabrá. Pero el clero da la vuelta a lo hecho por Dios y crea, y obliga a creer, en el orden que ellos estiman más adecuado.

Durante siglos este mecanismo ha estado presente en la Historia de nuestra sociedad. Ello ha predisuesto⁹ a millones de seres humanos de nuestra cultura en una muy concreta (y única) dirección de pensamiento. ¿Quién puede dudar hoy que estos mecanismos descritos han transformado la Historia de una manera muy intensa? Tanto que aún hoy vive dentro de nuestras conciencias la herencia de muchas de esas estructuras creadas bajo siglos de terror divino¹⁰.

De un modo muy similar se produce la transformación de la moral. Ambas, religión y moral, acaban siendo parte muy importante de la superestructura al servicio del sistema económico dominante.

Pero, tal vez, creemos porque queremos creer. No cabe más remedio que admitir que la razón de la permanencia de esa inclinación humana no sólo obedece al interés de los poderosos, ni puede ser explicada tan sólo por las situaciones de ignorancia humana,

⁷ Para mí respetables.

⁸ Aviso: con esto no pretendo ofender a los principios del cristianismo, pero sí es una crítica a los hombres que actualmente, sin que nadie los haya elegido, se erigen a sí mismos como jerarquías de una respetable comunidad de fieles.

⁹ A veces gracias a maniobras tan “sutiles”, democráticas y amorosas como aquella de “cree o muere”, que son, sin duda, muy persuasivas y eficaces a lo largo de la historia.

¹⁰ “Tantum reliquo posuit suadere malorum”. (Lucrecio, *De rerum natura*).



sino que es preciso admitir alguna causa en los componentes irracionales del hombre que justifique esa irrefrenable necesidad de creer en algo, de regirse por unas normas.

En muchos casos esta inexplicable necesidad de creer se encarna en manifestaciones exquisitamente científicas (¿quién no conoce a esos apóstoles del ateísmo o de las ciencias?), pero, aún así, son una prueba más de esa condición humana.

Son, pues, otros elementos más de la realidad social y cualquier intento serio de análisis debe contar con estos hechos. Pero también, quien pretenda una praxis liberadora y transformadora de la realidad social, debe dar una respuesta satisfactoria a esas tendencias humanas citadas.

No basta, pues, con demostrar la falsedad de una determinada moral o religión, sino que debemos crear el marco adecuado donde esas tendencias tengan su expresión no alienada. De no hacerlo así, esas tendencias saldrán por el lado menos esperado. Correremos el riesgo que la religión y la moral actual sean sustituidas por la religión de Paco Porrás y la moral de Aramis Fuster. O algo aún peor, aunque ello parece inconcebible.

El lenguaje juega también un papel determinante en la construcción de la realidad social.

En el inconsciente colectivo yace el prejuicio de que el nombre de las cosas forma parte de la naturaleza de las cosas mismas. Es decir, como si el lenguaje no fuera simbólico, sino realista, óntico.

Cuando nombramos un término, mesa, por ejemplo, tendemos a ignorar que el fonema “mesa” es el signo lingüístico de un concepto que reside sólo en nuestra mente. Éste, el concepto, sí hace referencia intencional a lo que sea la mesa, pero el signo es absolutamente arbitrario. No tiene nada que ver con lo que la cosa (mesa, en este caso) sea; y por ello es posible la existencia de tantos y tan diferentes idiomas, puesto que si no fuera así, si las cosas poseyeran su nombre en sí mismas, todos los idiomas deberían ser exactamente iguales, y la mentira sería imposible. Pero como sabéis, la realidad es muy otra.

El lenguaje es sólo un juego bien ordenado de símbolos. Nuestra habla no está en contacto con la realidad, sino con nuestros conceptos. Éste sí hace referencia a las cosas, pero lo hace siempre de manera interesada, por lo que cada hombre (de acuerdo con sus intereses) crea sus propios conceptos de cada cosa, y si bien, en casos simples, estos conceptos son casi coincidentes, ello no es así cuando nos referimos a términos mucho más sutiles, donde los intereses divergentes entran en juego; entonces los conceptos pueden diferir mucho, aun cuando los señalemos con la misma palabra.

Así, cuando digo Justicia, para el trabajador quiere decir: reparto equitativo, pero en la mente del empresario ello equivale a estamento paralizante y conservador del orden establecido, y para el político mecanismo burocrático; etc.

Los que siempre han manipulado a la sociedad en su propio beneficio, han tenido la astucia de captar las diferentes acepciones de cada concepto en cada grupo de la sociedad, y jugar con ellos con habilidad y sin comprometerse ni desmentirse, aparentemente. Por ello, un mínimo sentido de la ética exige concebir también como violencia la manipulación del mundo simbólico que orienta y motiva al ser humano en direcciones contrarias a su propio bien.

Así, utilizando el lenguaje, nos han hecho creer durante siglos que la verdad es algo substancial (una cosa, vaya), y que puede ser poseída por alguien (normalmente por quien tiene el poder). Ese alguien, por tanto, tendrá la facultad de poder utilizar este



criterio como autoridad suficiente para rechazar todo lo que quiera, pues no le interesarán las razones de los otros que no coincidan con sus intereses ocultos (que es, en realidad, su auténtica verdad).

Los que nos manejan (los capitalistas directamente, o por medio de sus capataces: los políticos, así como sus medios de comunicación) dominan muy bien los métodos que permiten suplantar la realidad por un muro de palabras, que ocultan bien sus ruines maniobras, y que resulta infranqueable para la mayoría de la población.

Esta técnica ha sido hábilmente copiada por todos los regímenes políticos: derechas, izquierdas, dictaduras, democracias. Koestler dice que el mayor hallazgo político del siglo XX es darnos cuenta que la realidad social la vemos con palabras, no con los ojos.

Pero la verdad, así como la justicia, la ética, no son cosas, nadie puede poseerlas. No son cosas porque son una sublimación (una abstracción) de una propiedad del habla, y de la praxis social. Por tanto, su realización exige un esfuerzo constante, una exigencia de que lo que decimos se corresponda con los hechos, sin ningún tipo de justificación ni reinterpretación ideológica, para el caso de la verdad. Y el afán permanente de dar a cada ser humano la posibilidad de desarrollar su vida dignamente en libertad, en el caso de la justicia y la moral, de la misma manera sin interpretaciones ideológicas.

Todos estos procesos de ocultación de la realidad social que estamos viendo, se producen por el interés de algún sistema económico por su enmascaramiento; para ello crean una pseudo racionalización, un entramado de ideas que ocultan los verdaderos intereses. Estos entramados de ideas reciben el nombre de “ideologías”. Son teorías falsas que, utilizando en su favor las posibilidades que hemos visto del lenguaje, las religiones, la manipulación de los sentimientos y la moral, la ignorancia, la avaricia, los miedos, la insolidaridad humana, logran imponerse como la interpretación verdadera de la realidad social.

Las ideologías, pues, se oponen al conocimiento verdadero, a la ciencia real y positiva. Se dan cuando los miembros de una clase social presentan ciertas ideas para ser creídas como verdaderas explicaciones de la realidad, pero que, en rigor, sólo reflejan los intereses de esa clase. (Esta sería la ideología como falsa conciencia, pero existen otras acepciones, por ejemplo: la ideología como modo de luchar contra esa falsa conciencia).

Resulta difícil decir, en una realidad social determinada, qué ideas forman parte de la ideología dominante, y cuáles no. Nos puede ayudar a distinguirlas el uso instrumental que el Poder hace de ellas. A este respecto, por ejemplo, la ciencia más aparentemente neutral como las Matemáticas, en la medida que es empleada para justificar determinadas políticas, haría de ella una parte de la ideología.

En este contexto, por ejemplo, fácilmente podemos llegar al extremo de Lewis Feuer: dado que todas las ideas se originan por intereses, todas forman ideologías. La verdad objetiva no existe. Cada generación, cada clase, cada hombre, tiene su ideología.

Max Scheler y, sobre todo, Karl Mannheim se ocupan en sus sociologías del conocimiento de cómo el conocimiento puede estudiarse no solamente en su contenido, sino también en su relación con una situación social histórica; lo que es particularmente aplicable a las cuestiones de índole política y social.

Mannheim, a mi entender uno de los autores que más lejos lleva la investigación sobre ideología, analiza, a este respecto, lo que ésta oculta y lo que muestra, así como lo que llama ideología parcial (la raíz psicológica) e ideología total (la raíz social).

Nos avisa que no debemos olvidar que aquellos que postulan el fin de las ideologías, no hacen más que tratar de convencernos de otra ideología, consistente en su versión



interesada de la realidad, y, aunque traten de negarlo, esto no es más que otra ideología, generalmente derechista, que se enmascara con una pretendida ausencia de ideología mediante un disfraz científico, técnico.

La ideología -como falsa conciencia- durante siglos adoptó las formas basadas en las creencias religiosas para impedir cualquier crítica, como todos sabemos. Hoy, en el colmo del cinismo, adopta formas aparentemente científicas también para impedir las críticas de la población con la excusa de que la ciencia¹¹, además de objetiva, no está al alcance de la gente corriente.

Antaño recurrió a los curas para cimentar su poder. Hoy utiliza a los economistas para hacernos creer, por ejemplo, que el mercado y sus leyes no sólo es la expresión verdadera de la realidad social, sino también que es la propia naturaleza del mundo, y, por tanto, no puede ser negado, ni criticado, ni mucho menos, cambiado.

No importa si con ello se masacra a millones de seres humanos. La respuesta es siempre la misma: “qué vamos a hacerle, si las cosas son así”, pretendiendo seducirnos con una farsa que intenta parecer sentido común, y que no es más que la aceptación cómoda y acrítica de una interesada interpretación de la realidad. No se dan otras razones que las propias leyes del mercado. Todo el esfuerzo del Estado puede ir encaminado a dar cumplimiento a esas leyes. Los hombres, sus necesidades, pueden ser ignorados. La solidaridad, la justicia social no son partidas de ningún balance, por tanto, no existen.

La responsabilidad de la ciencia económica, y de los economistas, es muy grave. No sólo por constituir hoy el andamiaje científico-lógico que soporta la superestructura ideológica del capitalismo y su estrategia globalizadora, sino también porque esta ciencia se está dejando convertir en el paradigma absoluto de explicación de la realidad social, lo que supone un grave riesgo de un mayor embrutecimiento de la sociedad.

En gran medida, muchos de los que nos llamamos de izquierda, incluidos sindicatos, partidos políticos, asociaciones, etc., hemos caído en ese juego. No rechazo que, indudablemente, debemos dominar dicha ciencia si queremos presentar batalla al capitalismo, pero no transformaremos -de verdad- la sociedad si no tenemos en cuenta la integridad de otros muchos elementos existentes, que no son sólo económicos. La ventaja que éste (el capitalismo) nos lleva consiste en que él¹² sí sabe manejar en su favor todos los resortes irracionales de los hombres, los mismos que la izquierda ha estado ignorando, cuando no despreciando, en un acto de ceguera difícilmente entendible.

Pero tampoco deberíamos olvidar otras perspectivas actuales de análisis social.

Existen muchas teorías a este respecto. Describirlas llevaría mucho tiempo. Voy a centrarme en aquellas que por su seriedad, profundidad de miras y eficacia, en mi opinión, más pueden interesarnos desde nuestra perspectiva.

Ya hemos citado la sociología del conocimiento (que hunde sus raíces en Marx), y de la que destacaría, entre otros, a los nombrados Max Scheler y Karl Mannheim, así como Max Weber o Duerkheim. Todos ellos hacen referencia a las condiciones sociales dentro de las cuales tiene lugar el conocimiento en general, pero también el conocimiento necesario para cualquier análisis social. Estas teorías proporcionan elementos de juicios excelentes para explicar la relación entre “estructura más condiciones sociales” y “las estructuras cognitivas”.

¹¹ por ellos manipulada y mitificada, claro.

¹² Aunque nunca lo confesaré.



Un paso más adelante, comprensivo de lo anterior más otros elementos, lo proporciona la perspectiva hermenéutica que, en cierto sentido provisional, podemos considerarla como un método de análisis social que nos exige la más amplia consideración, sin exclusiones, de todos los condicionantes que operan en la sociedad; y la advertencia que, aún así, los resultados que obtengamos, en cualquier caso, serán más o menos válidos en la medida que hayamos integrados más o menos elementos. Además, la validez se circunscribe al ámbito que hayamos considerado, fuera de éste las respuestas carecen de sentido.

Dicho muy sintéticamente: la perspectiva hermenéutica que venimos describiendo “sería los principios que hacen posible la interpretación, **NO** las propias interpretaciones”.

Por tanto, no trata de hallar qué es la realidad social, sino que pretende que **el sujeto entienda su propia comprensión**, lo que constituye, sin duda, una dimensión nueva que nos abre a horizontes insospechados.

Entender cuáles son esos principios requiere comprender que la globalidad de la realidad social histórica del hombre se ha fraguado más sobre pre-juicios, sobre tradiciones, que sobre procedimientos racionales. Estos pre-juicios y tradiciones (entendidos ambos en un sentido amplio) se expresan, sobre todo, en un marco lingüístico que es preciso analizar y comprender.

En este sentido debemos tener en cuenta que el conocimiento de lo que sea la realidad social, se efectúa en nosotros en nuestra conciencia, pero ésta se comprende a sí misma sobre la base de su devenir en el tiempo, sobre su historia. Es decir, se comprende a sí misma, y a la realidad social, mediante su experiencia en el tiempo, y, además, es esa misma experiencia lo único que entiende; y todo ello mediado por la razón implícita en el lenguaje y a través de éste.

La historicidad de la comprensión se halla radicada ontológicamente en el ser de la conciencia y en la realidad social. La conciencia es, por supuesto, una conciencia histórica, pero no quiere decir relativizada por la historia, sino porque, por así decirlo, constituye la historia misma.

La conciencia es, por ello, conciencia de eficacia histórica. La reflexión sobre sí misma se realiza mediante el lenguaje. Un lenguaje que es, a la vez, diálogo interno, experiencia del mundo, comunicación con otras conciencias individuales, y, por fin, constructora (y, a la vez, construcción) de la realidad social.

Por tanto, contenido y lenguaje son inseparables, de modo que lenguaje como expresión, contenido, transmitido, experiencia del mundo y conciencia (como conciencia histórica) constituyen una trama en la que no pueden separarse ningún componente.

A mi entender, por tanto, la experiencia, la existencia, la comprensión de la realidad social, no puede entenderse fuera de este contexto general citado. Por decirlo de otra manera: sería aquel en el que no se puede definir nada si no tenemos en cuenta que cualquier enunciado, cualquier hecho comprendido, lo es en función de que es una respuesta a una pregunta.

Es decir, cualquier tipo de pregunta sobre la realidad social, cualquier experiencia, sólo es entendible dentro de y para esta conciencia histórica, comprensiva, a su vez, de todos los aspectos que la realidad social incluye.

Por último, veamos algunas citas que pueden ayudarnos a entender en qué consiste este proceso hermenéutico:



Para Heidegger, por ejemplo, este proceder es una autoexplicación de la comprensión de la vida por la propia vida.

Dilthey define este proceso como una interpretación basada en un previo conocimiento de los datos, de la realidad que se trate de comprender, pero que, a la vez, da sentido a los datos por medio de un proceso inevitablemente circular.

Gadamer, por fin, que recoge los conocimientos de los dos anteriores, y hace retroceder los antecedentes de su hermenéutica hasta Hegel, define este método de análisis social como “el examen de las condiciones en que tiene lugar la comprensión”.

Sin duda que el método hermenéutico, así entendido, es muy útil para el análisis de la realidad social, pero no es menos cierto que éste también puede convertirse en un transmisor de cierta ideología. Por tanto, habrá que mantener siempre el espíritu crítico muy alerta y en constante vigilancia, puesto que, como dice Habermas, todo conocimiento tiende siempre a estar instrumentalizado por algún interés, y, por tanto, puede ser el caballo de Troya de otras ideologías, (como falsa conciencia). ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- § BENAVIDES LUCAS, Manuel (1994): *Filosofía de la Historia*. Editorial Síntesis. Madrid.
- § BRONISLAW, Malinowski (1970): *Una teoría científica de la cultura*. Edahasa. Barcelona.
- § FROMM, Erich y otros (1980): *Humanismo socialista*. Paidós. Barcelona.
- § GADAMER, Hans G. (1984): *Verdad y Método*, V. I. Editorial Sígueme. Salamanca.
- § GADAMER, Hans G.(1998): *Verdad y Método*, V. II. Editorial Sígueme. Salamanca.
- § HABERMAS, Jürgen (1976): *Connaissance et Intérêt*. Tel Gallimard. París.
- § KATZ, Jerrold J. (1971): *Filosofía del lenguaje*. Editorial Martínez Roca. Barcelona.
- § KATZ, Jerrold J. (1975): *La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico*. Alianza Universidad. Madrid.
- § LURIA, A.R. (1980): *Conciencia y Lenguaje*. Pablo del Río Editor. Madrid.
- § MANNHEIM, Karl (1987): *Ideología y Utopía*. Fondo de Cultura Económica. México.
- § SCHAFF, Adam (1975): *Lenguaje y Conocimiento*. Editorial Grijalbo. México.
- § SCHAFF, Adam (1973): *Ensayos sobre Filosofía del Lenguaje*. Ariel. Barcelona.